

Historia ambiental y turismo en la costa bonaerense: De playas, vacaciones y ecología

por JOSÉ R. DADON¹

En el siglo XIX, las costas medanosas eran consideradas estériles, improductivas e inadecuadas para ser habitadas. En contraposición, a fines del siglo XX el valor de esos terrenos superaba al de las zonas agrícolas. Su incorporación a la economía nacional fue resultado de importantes cambios sociales y culturales, que a su vez generaron profundas transformaciones ambientales. En menos de un siglo, las playas antaño solitarias pasaron a ser asiento de nuevas actividades, nuevas ciudades, nuevos usos sociales e inclusive nuevas especies.

La noche del 7 de agosto de 1888 partía desde Buenos Aires el Gran Ferrocarril del Sud con lo más granado de la sociedad argentina. Viajaban allí el vicepresidente doctor Carlos Pellegrini y señora, el gobernador de la provincia de Buenos Aires doctor Máximo Paz, los señores Emilio Bunge y Eduardo Cassey, las señoras Matilde Luro de Mezquita, María Luro de Chevalier y Mercedes Linch de Peralta Martínez, junto a otras personas con apellidos no menos distinguidos². El destino era un pequeño pero prometedor pueblo fundado el 10 de febrero de 1874, a orillas del océano Atlántico. Este viaje fue uno de los tantos que proporcionaron a Mar del Plata la bendición oficial de la Generación del Ochenta, cuya dirigencia, inmersa en el proyecto agroexportador, llevaba confiadamente a la República hacia su primer Centenario.

Un año antes, el mismo Carlos Pellegrini había efectuado un viaje similar en Semana Santa, acompañado por Paul Groussac. El escritor registró sus impresiones con elocuentes palabras. Dejando atrás la “llanura monótona e inconmensurable (...) después de la pampa inmensa, del desierto eternamente inmóvil, la vista del mar agitado y mudable aparece como la perpetua y universal comprobación de nuestra vida planetaria”. La costa, con “tonos ricos y variados de arrecifes cubiertos de aterciopelado musgo”, resulta ser “una fiesta perpetua para los ojos”. Mar del Plata, “el único *resort* marítimo de la república”, deja en el escritor “la esperanza de volverlo a ver en el próximo verano, embellecido y transformado; es decir, en vías de completarse la obra de la naturaleza por la

¹ CONICET; Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo; y Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires.

² Orozco, Andrea y Valeria Dávila, *Modas y costumbres en los balnearios*, Todo es Historia, 391:8-26, Febrero 2000.

progresiva del hombre civilizado y emprendedor”³.

Hasta ese momento, el litoral marítimo había sido tradicionalmente considerado “terreno inútil compuesto por puros médanos”⁴, interminables arenales donde las estancias que cimentaban la riqueza nacional iban a morir al mar. De acuerdo a la Ley de Ejidos de 1870, la elección de sitios para la fundación de pueblos debía tener en cuenta la adyacencia de caminos, vías férreas, ciudades y excepcionalmente puertos. El litoral atlántico carecía de estas condiciones, y tampoco presentaba aptitudes para la agricultura o la ganadería; por eso, se lo consideraba inhabitable.

“No es un misterio para la provincia que en la inmensa extensión marítima desde Buenos Aires a Bahía Blanca no hay ningún punto adonde haya podido fundarse un pueblo. ¿Por qué? Porque nuestras costas son inaccesibles como costas marítimas”, afirmaba el Senador José Hernández ante el Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires el 28 de octubre de 1882. Su intervención proseguía preguntando: “¿Dónde están los pueblos que prosperan? ¿Dónde están los pueblos que vienen con su contingente a aumentar el desarrollo y el progreso de la provincia? Están sobre la costa fluvial de San Nicolás a Buenos Aires. Están sobre las vías férreas, como están Mercedes, Chivilcoy, el Azul y como están todos los pueblos interiores de la provincia. En la costa marítima, ¿hay algún pueblo que prospere? ¿O no sabían los que elegían terrenos para fundar setenta pueblos elegir ninguno?”

A pesar de la desalentadora opinión del autor del Martín Fierro, en los 1281 kilómetros de costa marítima de la provincia había ciertamente sectores aptos para establecer puertos y también pueblos, el más destacado de los cuales fue Mar del Plata. En la primera temporada oficial (1886 -1887) veranearon en esa villa balnearia 1415 personas⁵, en su gran mayoría pertenecientes a familias adineradas. El Grand Hotel pronto resultó insuficiente para alojar a tantas personas deseosas de descanso y sobre todo, ávidas de una vida social ⁶ alejada de la capital atestada de inmigrantes⁷. Frente a él se construyó entonces el Bristol Hotel. De dimensiones opulentas, fue sumamente elogiado. Las crónicas de entonces remarcaban sus características excluyentes, indicando que “el gerente del Hotel (...) no transige en cuanto a la calidad de las familias que solicitan albergue en el vasto establecimiento. La sociedad congregada allí está a salvo de encuentros desagradables. El mundo del Bristol Hotel es uniforme; pertenecen sus componentes a una misma categoría y se halla exento por consiguiente de

³ Groussac, P., *Mar del Plata en 1887*.

⁴ De este modo se describen los terrenos costeros en escrituras del campo San José de las Chilcas (1814). Citado por Pisani, A. S. C. , *La fantasía del naufragio. Historia de los barcos hundidos en las playas del Tuyú*, Edivérn S.R.L., Buenos Aires, 1997.

⁵ Boletín Municipal, Cuarto trimestre de 1935. Tomado de: Álvarez, A. y otros, 1991. *Mar del Plata, una historia urbana*. Buenos Aires, Fundación Banco Boston.

⁶ Ídem 1.

⁷ Schuller, R., 1985. *Turismo y áreas protegidas en Argentina*. Buenos Aires, CIET.

contrastes inconvenientes”⁸.

El menú inaugural del Bristol, preparado por personal traído de Europa, fue servido el 8 de enero de 1888 e incluía variados platos creados especialmente; el último almuerzo fue servido el 14 de abril de 1944. Ambas fechas marcan no sólo la historia de un hotel; también resultan significativas para delinear algunos hitos en la trayectoria histórica que va desde el veraneo balneario de las elites de fines del siglo diecinueve hasta el turismo de masas del siglo veinte.

LOS PRIMEROS BALNEARIOS

El número de veraneantes en cada temporada marplatense fue rápidamente en aumento. El éxito del balneario resultaba tentador para los inversionistas y no tardaron en aparecer nuevos proyectos. Hacia 1887 se encararon tres emprendimientos al sur de Mar del Plata. Uno de ellos, llamado originalmente Mira Mar, fue oficialmente reconocido en 1888; los otros, denominados Mar del Sud y Boulevard Atlántico, fracasaron a poco de iniciados⁹. Otras localidades costeras que estaban ligadas a actividades rurales y portuarias; como Necochea y Quequén, tras décadas de conflictos políticos fueron reconocidos finalmente como pueblos.

En gran medida, la ventaja de Mar del Plata y Miramar sobre sus competidoras se debió a su emplazamiento privilegiado, que aprovechaba la presencia de acantilados producto de la prolongación hacia el mar del sistema de Tandilia. La conformación geoambiental del sustrato no presentaba mayores problemas para urbanización. No ocurría lo mismo en el resto del litoral bonaerense, formado por costas bajas y poco profundas recorridas por cordones dunícolas, que requerían sistemas de fijación del terreno desconocidos a principios del siglo veinte.

En 1908, los médanos costeros de los campos de Don Manuel Guerrero fueron vendidos para la realización de un nuevo proyecto, ubicado a menor distancia de la capital. Cinco años después, un pergamino escrito en latín dejaba asentado que en una playa “considerada muy propicia para balnearios, a la que el Atlas grande abarca con puras brisas y bajo los auspicios de los fundadores de la colonia Fernando Robette y Agustín Poli, con la bendición del clero, con la presencia de la asamblea de notables, estando presentes los primeros habitantes de la comarca y entre los aplausos del pueblo, fue colocada solemnemente la piedra fundamental del balneario y afortunada ciudad de Ostende”¹⁰. El proyecto original incluía un muelle de doscientos cincuenta metros de largo, varios edificios públicos, una estación de ferrocarril, un cementerio, el corralón municipal y una avenida central

⁸ *El Censor*, 6 de febrero de 1889

⁹ Mantobani, J. M., 1997. Notas sobre el problema de la creación de los primeros balnearios argentinos a fines del siglo XIX. Scripta Nova 11 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-11.htm>).

¹⁰ Traducción del texto del pergamino fundacional. Tomado de Festa, R., 1992. *Ostende. Al fin del Este. Su historia y su leyenda*.

de más de cincuenta metros de ancho que conducía a una zona balnearia donde se concentrarían hoteles y residencias turísticas¹¹. Los resultados iniciales fueron alentadores. El promocionado balneario recibió turistas célebres, entre ellos el aviador y escritor Antoine de Saint Exupery, quien se alojó en el Hotel Thermas Ostende (actual Hotel Ostende). El balneario, sin embargo, no prosperó. Años después, Carlos Gesell visitaba sus ruinas y, según sus memorias, apenas quedaban “rieles que sobresalían de la panza de los médanos, parecían grandes alfileres clavados. (...) Sólo vestigios del desastre se ofrecían a mi vista. (...) También habían edificado la iglesia. Frente a ella, a pocos metros, un médano sobrepasaba su torre, amenazando devorarla..., lo que ocurrió poco después al ser sepultada por la arena”¹².

El emplazamiento de nuevas localidades en los campos de médanos resultó un gran desafío para los arquitectos y los urbanistas. No había demasiadas experiencias previas en el país ni en el mundo. Luego de adquirir 1648 hectáreas de médanos costeros, Carlos Gesell trajo al agrónomo Karl Bodesheim desde Alemania, quien tras dos años de estudios y experimentos infructuosos, regresó a su país sin haber podido proponer un método efectivo para fijar las dunas.

La movilidad del terreno no era el único inconveniente para fundar poblaciones costeras. En el expediente de la Sociedad de Tierras de San Clemente del Tuyú, el Ingeniero José Fernández dejó asentado que realizó los planos del pueblo “apartándome deliberadamente de la norma seguida para el estudio de los planos de las ciudades balnearias más recientes, tanto argentinas como uruguayas, vale decir, del clásico trazado en damero interrumpido por una que otra diagonal. Este tipo de trazado que adolece de graves deficiencias (...) está especialmente contraindicado para las extensas playas de Ajó, cuyas costas carecen de accidentes naturales que pudieran contribuir a atenuar la monotonía, que es su principal defecto”¹³.

Ese mismo defecto era uno de los atributos de la pampa que inquietaba a los literatos de la época¹⁴ y también, una de las características que los visitantes extranjeros descubrían de manera insistente en los paisajes pampeanos. Casi como un cliché, la mirada europea exigía escenarios variados, con relieve, con puntos notables que atrajeran la atención. Los paisajes nativos eran considerados chatos, monótonos, repetidos, aburridos, exasperantes; también eso debía cambiarse, “perfeccionarse” gracias a la mano del hombre.

¹¹ Entre 1992 y 1993 se realizaron excavaciones para redescubrir la Rambla Sur. Paseo obligado de los turistas de la época, estaba ubicada en las actuales calles Corso Florida, Avenida Nuestras Malvinas y el sector de playa correspondiente. Fue declarada "Sitio Histórico Municipal" por ordenanza N01613/95 del Honorable Concejo Deliberante de Pinamar.

¹² Carlos I. Gesell, 1961. Memorial. Citado por Masor, O., 1975. *La historia de Villa Gesell*

¹³ Mensura 106, 1936:5; tomado de Bertonecello, R., 1992. *Configuración socio-espacial de los balnearios del Partido de La Costa (Provincia de Buenos Aires)*, Territorio 5.

¹⁴ En *Homenaje a Victoria Ocampo*, uno de los recuerdos mencionados por J. L. Borges se refiere a “la definición de la llanura, que todos los escritores argentinos hemos buscado, con la cual no hemos dado”.

Promediando los treinta, el país había sufrido grandes cambios sociales y los beneficios del veraneo ya no eran propiedad exclusiva de un pequeño grupo social. Mar del Plata había recibido 65.000 visitantes en 1930; diez años después, esa cifra trepaba a 380.000¹⁵. La democratización del veraneo generó una fuerte demanda de nuevos balnearios, que debía ser satisfecha a cualquier precio. Por ejemplo, la Dirección de Geodesia aconsejó la aprobación del proyecto para San Clemente del Tuyú a pesar de considerar “que los terrenos adyacentes a esta playa no se hallan en condiciones normales” debido a que “existen numerosos médanos sueltos”, dejando sentado que lo hacía “por la necesidad existente en expandir las poblaciones balnearias que día a día resultan insuficientes para contener la cantidad de público concurrente”¹⁶.

Es así que en las décadas de 1930 y 1940 se fundaron nuevos balnearios. Las condiciones económicas del país habían cambiado y los nuevos centros urbanos se consolidaron mediante la venta masiva de lotes destinados a pequeños propietarios, muchos de ellos inmigrantes europeos. Para los constructores, la arena era un problema. En algunos casos (Villa Gesell, Pinamar, San Bernardo, Santa Teresita) se lograron fijar los médanos mediante forestaciones. En otros (Mar de Ajó, San Clemente del Tuyú) sencillamente se los arrasó¹⁷. Un empresario de la época señalaba: “la gente les tenía temor, pues aquellos médanos pelados y movedizos, en un solo día de viento tapaban una casa (...) [Por ello,] optamos por desmontarlos completamente”¹⁸.

La fundación de balnearios fue motivada en muchos casos por la especulación inmobiliaria. Frecuentemente, toda la planificación previa consistía en un único plano diseñado desde la capital, sin conocimiento del terreno¹⁹ y, sobre todo, sin tener en cuenta los procesos dinámicos que modelan la costa y mantienen la flora y la fauna. En ocasiones, la fundación consistió en un mero trámite administrativo²⁰ seguido de un atractivo loteo. Los compradores quedaban librados a su suerte y debieron abocarse a un constante aprendizaje, concebido como una guerra contra la naturaleza hostil: la arena, el viento, las tormentas, la inundación, los barriales, la sequía, las plagas, todos los elementos naturales debían ser vencidos en aras del progreso.

¹⁵ Pastoriza, E. y J. C. Torre. *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*
(<http://www.mdp.edu.ar/humanidades/cambio%social/pASTORIZA1.htm>)

¹⁶ Mensura 104, 1936:9; tomado de Bertonecello, R., 1992. *Configuración socio-espacial de los balnearios del Partido de La Costa (Provincia de Buenos Aires)*, Territorio 5.

¹⁷ Bertonecello, R., 1992. *Configuración socio-espacial de los balnearios del Partido de La Costa (Provincia de Buenos Aires)*, Territorio 5.

¹⁸ Freidenberg, L., 1978. *Entre barriales y médanos. Cómo nació el balneario “Santa Teresita”*. Buenos Aires, edición del autor.

¹⁹ Véase por ejemplo, Bertonecello, R., 1992. *Configuración socio-espacial de los balnearios del Partido de La Costa (Provincia de Buenos Aires)*, Territorio 5.

²⁰ Ídem 16

VISIONES DE PIONEROS

“Está trazada esta nueva Ciudad Balnearia, frente por frente a la mejor playa que existe en toda la costa del Océano Atlántico, conocida por “LA MARGARITA” y muy ponderada por la crónica periodística así como también por el gran número de turistas que desde hace años han concentrado en ella, durante la temporada veraniega el punto más adecuado para el descanso necesario, por lo pintoresco del lugar, tranquilidad de sus aguas en pleno mar, abundante pesca, su fácil acceso por camino pavimentado, (...) libre de médanos (...), de pendiente suave, lo que permite internarse en el Océano más de un centenar de metros sin el menor peligro.”
Publicidad (engañoso) en un folleto de una compañía inmobiliaria para la venta de lotes en Mar de Ajó (1935). Tomado de BERTONCELLO; 1992.

“Bajar los médanos con topadoras, trasladar la arena, emplear los palones era tarea sumamente ardua. Emparejada una manzana, se procedía a fijarla echando paja de unquillos sobre la arena, unquillos que se cortaban en el fondo de la fracción, y se sembraba alfalfa y melinotus. Si llovía y crecía la plantación todo iba bien, pero si ocurría lo contrario era menester rehacer una y más veces el trabajo.

“En la construcción de las calles obramos también con acierto. Habíamos observado en San Clemente que las calles de arena eran intransitables y que lo conveniente era pues, cubrirlas de tierra.

“Así se empezó a cubrir con tierra arcillosa las primeras calles, de norte a sur, de la 32 y 2 hasta la 39 y desde la 2 hasta la 8 de este a oeste. Pero solía ocurrir que las calles compactadas volvieran a desaparecer bajo la arena de los médanos aún no fijados.”

LÁZARO FREIDENBERG, *Entre barriales y médanos. Cómo nació el balneario “Santa Teresita”*.

“¿Cuál era el vehículo extraordinario? (...) Lo único que vio fue un tractor de orugas. Era un rezago de la gran guerra (...). El peón parado al costado sobre una varilla de hierro trataba de manejarlo pero no podía impedir que, cada diez minutos de marcha, se saltaran las orugas y quedaran detenidos. Pacientemente eran reenganchadas y seguíamos la travesía por barro, pantanos y pajonales, entre densas nubes de mosquitos que nos devoraban ávidamente. (...) Por tres semanas mamá y yo lucimos en nuestro cuerpo las picaduras de los mosquitos. El tractor a orugas fue declarado inútil. Abandonado en los alrededores de la casa vieja, la arena al volar lo fue tapando lentamente hasta quedar totalmente sepultado.”

ROSEMARIE GESELL, hija del fundador, narrando los primeros tiempos de Villa Gesell (tomado de su libro *Carlos I. Gesell, su vida*).

EL SISTEMA NATURAL Y SU FAUNA NATIVA

Durante el desarrollo urbano de las playas bonaerense abundaban los ejemplos de imprevisión y de desconocimiento de los procesos naturales. Se privilegió la ocupación del terreno hasta los valores máximos permitidos por la ley y la explotación indiscriminada de los recursos naturales. La fauna nativa fue explotada desde el comienzo mismo de la ocupación urbana.

Un caso bien documentado es el de los bivalvos de playa. A partir de 1940 aparecieron por primera vez en los Boletines del Ministerio de Agricultura y

Ganadería de la Nación registros estadísticos de pesca de la almeja amarilla (*Mesodesma mactroides*). La explotación de esta especie comenzó en Claromecó, Tres Arroyos y Coronel Dorrego, desde donde eran remitidas a Mar del Plata para la industria de enlatados²¹.

DE LAS PLAYAS DE ARENA A LOS BALNEARIOS DE CONCRETO

La primera rambla marplatense estaba formada por una serie de casillas de baño y algunos locales de madera en la bajada de la actual calle San Martín. Fue inaugurada en 1888 y a partir de esa fecha las playas argentinas nunca más estarían sometidas a la exclusiva acción de las fuerzas naturales ni tendrían como finalidad principal la contemplación extasiada de su caprichoso poderío; en adelante deberán proveer confort y servicios para la vida social y satisfacer las necesidades de diferentes actividades, inmersas en una espiral de demandas crecientes. Esa sencilla construcción de madera, intento inicial de proporcionar habitabilidad en un entorno "poco civilizado", llevó a sucesivas obras, cada una más ambiciosa que la anterior, que artificializaron la costa hasta llegar a las actuales obras de concreto, que enmarcan una planicie de arena modelada por topadoras.

La misma tendencia se observa en Miramar, San Bernardo, Santa Teresita, Mar de Ajó, Villa Gesell, Pinamar y tantos otros sitios turísticos. Así, la costa se torna cada vez más artificial y se multiplican las intervenciones, cada una de las cuales genera nuevos problemas ambientales. De ese modo, el paisaje natural termina relegado a la categoría de recurso en vías de extinción.

La demanda en el mercado local impulsó la suba de los precios, llegándose a pagar dos pesos el kilogramo de almeja para conserva. Como si se tratara de un recurso minero donde la producción sólo está limitada por la mano de obra disponible, el área de explotación se extendió a todas las playas donde habitaba la especie, incorporándose en 1946 las playas de General Lavalle y Madariaga (actualmente, La Costa, Pinamar y Villa Gesell). La normativa que regulaba la explotación establecía modalidades y permisos de explotación, que generalmente no eran respetados. A la postre, la "fiebre de la almeja" tuvo un destino similar a sus homónimas auríferas y, después de alcanzar un récord histórico de 1079 toneladas, entre 1954 y 1957 la producción colapsó. La almeja amarilla desapareció para siempre de las estadísticas de pesca. La explotación fue inicialmente vedada por diez años, pero el recurso no se recuperó y la veda fue periódicamente renovada, permitiéndose sólo la extracción para consumo personal de 2 kilogramos por día por persona. En menos de quince años, la almeja pasó por todas las etapas que parecen ser inevitables en el ciclo de explotación: fue un recurso primero ignorado, luego promisorio, después explotado y sobrexplotado hasta alcanzar la categoría de "especie en peligro de extinción" o, más eufemísticamente,

"recurso turístico".

²¹ Coscarón, S., 1959. *La almeja amarilla (Mesodesma (T.) mactroides Deshayes) de la costa de la provincia de Buenos Aires*. Agro Publicación Técnica 1(3): 66.

OLAS DE LOS SESENTA

Las consecuencias indeseadas del proceso de ocupación de las costas iniciado en década de los 40 comenzaron a percibirse recién dos décadas más tarde. A la sombra de la segunda posguerra surgió en Occidente la Nueva Economía de la sociedad de consumo. Las mejoras en las rutas de acceso y los medios de transporte masivos, la incipiente prosperidad de las clases medias y los beneficios sociales para las clases trabajadoras incrementaron la demanda de nuevos destinos y el crecimiento de los centros turísticos ya existentes. El veraneo de las clases altas de fines del siglo diecinueve se metamorfoseó en el turismo masivo de “sol y playa” de mediados del siglo veinte, cuyos estándares internacionales eran difundidos por la prensa y el cine.

Las playas invadieron los medios de comunicación, creando una subcultura propia de alcance mundial. Uno de los ejemplos más significativos de este cambio cultural se relaciona con los trajes de baño. El Reglamento de Baños de 1888 para las playas de Mar del Plata permitía sólo los trajes de baño que cubrían el cuerpo desde el cuello hasta la rodilla. Las sucesivas modas fueron aligerando el vestuario, aunque en 1940 todavía estaba prohibido circular por la rambla en traje de baño. Bajo la influencia de la Guerra Fría, el diseñador francés Heim presentó ese año “el traje de baño más pequeño del mundo”, que denominó *Atome*. Tres meses después, el 3 de junio, su compatriota Louis Réard dio a conocer un traje aún más pequeño, que “cabía en una caja de fósforos y podía pasar por un anillo”. Una prueba nuclear en un atolón del Pacífico proporcionó el nombre a la prenda, dando pie a un juego de palabras: Réard había “dividido el *Atome*” de su predecesor, creando la *Bikini*.

Demasiado atrevida, la nueva moda fue prohibida luego de una aparición fugaz en el Concurso de Miss Mundo de 1951. Sin embargo, la progresiva liberalización de las costumbres y el glamour de las estrellas cinematográficas entusiasmaron de a poco a las jovencitas durante los cincuenta. “*Una bikini es un impulso que ni siquiera se piensa*”, decía provocativamente Esther Williams. Las fotografías de Brigitte Bardot en Saint Tropez y Cannes, y su aparición en el filme *Y Dios creó a la mujer* (1957) contribuyeron a la aceptación social. También colaboraron el éxito discográfico de *Itsy Bitsy Teenie Weenie Yellow Polka Dot Bikini*, de Brian Hyland (1960); la serie de filmes *Beach Party* (1963 – 1966) con Annette Funicello y Frankie Avalon; y una infartante Raquel Welch exhibiendo una bikini (prehistórica) en *Un millón de años antes de Cristo*.

En 1960, la bikini se imponía en los centros turísticos internacionales, inclusive en los españoles, dominados en ese entonces por el franquismo. La onda expansiva llegó a nuestras playas, coincidiendo con el auge del turismo nacional.

Mar del Plata era en ese momento el núcleo urbano con mayor crecimiento en todo el país debido al cambio en los hábitos de alojamiento: las viviendas

estacionales se multiplicaban, mientras la hotelería tradicional entraba en crisis²². En Villa Gesell se instrumentaba el Plan Galopante, que iniciaría el crecimiento exponencial de esa localidad. En esa década se fundaron nuevos balnearios, como Las Toninas, Costa del Este y Aguas Verdes. Las playas naturales y sus recursos nativos fueron paulatinamente reemplazados por una sucesión ininterrumpida de ciudades turísticas y balnearios, afianzando un proyecto de ocupación urbana de la costa que hasta fines del siglo continuaba vigente. Casi al mismo tiempo que la bikini, aparecieron primera vez berberechos (*Donax hanleyanus*) en las playas argentinas. Hasta ese momento sólo se habían encontrado restos fósiles de ese bivalvo. Los primeros ejemplares vivos se encontraron en Mar de Ajó²³, provenientes de Uruguay. Luego de atravesar el río de la Plata²⁴, la especie se expandió con rapidez y en menos de ocho años fue registrada en todas las playas desde el Cabo San Antonio hasta Punta Mogotes²⁵, siendo especialmente abundante en Pinamar, Villa Gesell y Faro Querandí²⁶.

El avance del berberecho se consideró en principio como una amenaza potencial para la recuperación de la almeja amarilla²⁷. Estudios posteriores indicaron que los berberechos aumentaban al ser diezmos los bancos de almeja amarilla. La rápida expansión del berberecho no habría colaborado con la decadencia de la almeja; más bien habría sido una consecuencia de su colapso, actuando como un oportunista capaz de aprovechar los vacíos dejados por ella.

LEGADO PARA EL FUTURO

Entre los setenta y los noventa, los cambios económicos produjeron una desaceleración del ritmo de crecimiento de los centros urbanos y una redistribución de los turistas. Mar del Plata continuó siendo el principal destino turístico nacional, pero la afluencia hacia esa ciudad se estabilizó a mediados de los noventa, recibiendo tres millones de visitantes por año²⁸. La Costa, Pinamar, Villa Gesell, Necochea y Monte Hermoso se consolidaron como opciones alternativas, con una gran selectividad de visitantes. Los partidos con localidades turísticas crecieron a tasas mayores que los partidos también costeros pero

²² Pastoriza, E. y J. C. Torre. *Mar del Plata, un sueño de los argentinos* (<http://www.mdp.edu.ar/humanidades/cambio%social/pASTORIZA1.htm>)

²³ Castellanos, Z. A. de y D. F. D'Ambrosi, 1965. *Sobre la presencia de *Donax hanleyanus* en la costa argentina*. *Neotropica* 10: 58.

²⁴ Penchaszadeh, P. E. y S. R. Olivier, 1975. *Ecología de una población de "berberecho" (*Donax hanleyanus*) en Villa Gesell, Argentina*. *Malacologia* 15(1): 133 - 146.

²⁵ Ídem 23

²⁶ Olivier, S. R. y P. E. Penchaszadeh, 1968. *Evaluación de los efectivos de la almeja amarilla (*Mesodesma mactroides* Desh.) en las costas de la Provincia de Buenos Aires*. Proyecto de Desarrollo Pesquero FAO, Servicio de Información Técnica 8 :1 - 10.

²⁷ Véase, por ejemplo, Olivier, S. R y otros, 1971. *Estructura de la comunidad, dinámica de la población y biología de la almeja amarilla (*Mesodesma mactroides* Desh. 1854) en Mar Azul (Pdo. de General Madariaga, Bs.As., Argentina)*. *Contribuciones del Instituto de Biología Marina* 122.

²⁸ Mantero, J. C., 1997. *Mar del Plata: Devenir urbano y desarrollo turístico*. *Facies* 4:135-152.

exclusivamente rurales, atrayendo pobladores e inversiones.

Al mismo tiempo, el incremento de la población, de la superficie urbana y de las actividades económicas ocasionó el aumento de los problemas ambientales. La mala planificación del frente urbano y la pavimentación de las avenidas (en particular, las costaneras) redujeron los cordones medanosos o directamente los eliminaron, destruyendo al mismo tiempo las defensas naturales contra el oleaje y las tormentas. En consecuencia, los efectos de las sudestadas fueron cada vez más catastróficos, como las ocurridas durante 1993 en Santa Teresita, Mar del Tuyú y Pinamar, que derribaron numerosas casas y construcciones de las playas²⁹.

En Mar del Plata, el sistema de escolleras y defensas costeras generó problemas de erosión crónicos, que se agudizaron a partir de la construcción del puerto. Las escolleras que protegían las playas del centro al trasladaron el problema hacia el norte, hasta trasladarlo a las playas de Santa Clara del Mar³⁰. El puerto de Necochea afectó del mismo modo el litoral de Quequén y Costa Bonita (Lobería)³¹. Casi a fin de siglo, el 12 de enero de 1999, se reinaugaron las playas Bristol, Varese y Grande remozadas por el repoblamiento artificial de arena, en un novedoso (para el país) esfuerzo por mejorar el principal atractivo turístico de la ciudad.

Durante los noventa, las clases adineradas eligieron preferentemente los destinos internacionales para sus vacaciones y las clases de menores recursos se vieron afectadas de manera creciente por el desempleo. Numerosos municipios enfrentaron problemas financieros, de modo que en este período se agudizaron los problemas ambientales, agravados por imprevisión previa: déficit en las reservas de agua potable, minería ilegal de arena, contaminación, deterioro estético, etc. En varias localidades, estos problemas se tornaron crónicos³². Las nuevas actividades de playa (paseos en cuatriciclos, camionetas de doble tracción, motos de agua, etc.) extendieron el impacto del turismo a toda la costa, inclusive a sectores todavía no urbanizados³³.

Casi como una respuesta nostálgica al deterioro ambiental creciente, algunos recursos comenzaron a ser revalorizados. Por ejemplo, la alicaída almeja amarilla se transformó en especie emblemática para los pobladores locales y los turistas habituales. Su situación fue tratada de manera recurrente en los medios de comunicación regionales, incluso en notas de tapa. Vecinos y comerciantes

²⁹ Isla, I., 1995. *Efectos de las tormentas sudestadas en el litoral bonaerense durante 1993, Argentina*.

Resúmenes del VI Congreso Latinoamericano de Ciencias del Mar, Mar del Plata, Argentina, p. 111.

³⁰ Isla, I. y M. C. Villar, 1992. *Ambiente Costero*. Pacto Ecológico. Universidad Nacional de Mar del Plata-Senado de la Provincia de Buenos Aires.

³¹ Idem 29.

³² Idem 29.

³³ Dadon, J. R., 1999. *Gestión de sistemas con baja biodiversidad: Las playas arenosas del Noreste de la Provincia de Buenos Aires*. En: *Biodiversidad y uso de la tierra. Conceptos y ejemplos de Latinoamérica* (S. D. Matteucci, O. T. Solbrig, J. Morello & G. Halffter, eds.), pp. 529 - 548. EUDEBA, Buenos Aires.

financiaron espontáneas campañas de protección, como respuesta a la indiferencia de las autoridades competentes. A pesar de esos esfuerzos, su situación fue empeorando. Una mortandad masiva (probablemente producida por causas naturales) exterminó a la mayoría de los bancos en 1995. Las características oportunistas del berberecho favorecieron la explosión demográfica de esta especie, que alcanzó su máximo en 1999. Tal como ocurriera décadas atrás con la almeja, grandes cantidades de berberechos surgían espontáneamente de la arena, para regocijo de los veraneantes. Ese mismo año se inició (aunque de manera irregular) su explotación comercial. El berberecho apareció así por primera vez en las góndolas refrigeradas de los supermercados, constituyendo un aporte tardío e inesperado a la economía nacional.

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

Este breve recorrido por algunos hechos de la historia ambiental de las costas bonaerenses muestra cómo su incorporación al proyecto de desarrollo económico permitió aprovechar sus recursos, pero también pone de manifiesto que ese proyecto necesita urgentemente ser revisado. La Campaña del Desierto del siglo diecinueve permitió la incorporación de las costas oceánicas al territorio nacional, por lo menos en sus aspectos formales, pero la integración económica de las mismas todavía no se había completado al terminar el siglo veinte. El proyecto agroexportador, por una parte, y la permanente mirada hacia el río de la Plata y sus afluentes, de enorme importancia geopolítica, relegaron a las costas marinas a un segundo plano. Fue el auge del turismo lo que constituyó a las playas arenosas en asiento de un número creciente de usos y actividades.

Gracias al éxito de Mar del Plata como villa balnearia, las playas fueron incluidas por primera vez en un proyecto económico y social de poblamiento, y devinieron ámbito deseable para el ocio y la recreación. Para la concepción de esa época (vigente también hoy, de manera más embozada), era necesario domesticarlas ("completarlas" según las palabras de Groussac) por el progreso, ese progreso cuya función declarada por sus impulsores era "perfeccionar a la naturaleza".

Originalmente concebidas como entorno escénico para una vida social alejada de las vicisitudes cotidianas y de los contrastes sociales, adecuadas para realizar paseos elegantes, baños higiénico-recreativos y contemplaciones inspiradoras, las playas naturales fueron transformadas paulatinamente en balnearios urbanos para el turismo masivo.

La muy deseable democratización del veraneo permitió su disfrute por las clases populares, pero la transformación de las playas inhabitadas en balnearios turísticos en la mayoría de los casos fue realizada con desconocimiento de los procesos naturales. Las regulaciones tendieron siempre a ser reactivas en vez de preventivas, receta inmejorable para conducir a un estado de crisis crónica. Los ciclos económicos favorables fueron aprovechados para la expansión inmobiliaria.

En la década de los noventa los recursos naturales (agua potable, suelo, arena, bivalvos, calidad escénica, etc.) fueron explotados en exceso, postergando inversiones necesarias, y declinaron gradual e irreversiblemente, al punto de requerirse medidas activas para su protección. Fenómenos inesperados, como la expansión del berberecho, revelaron la precariedad del conocimiento acerca de los procesos naturales.

Retrospectivamente, las playas turísticas encarnaron sucesivos proyectos de desarrollo económico y social. Consideradas inicialmente inhóspitas y carentes de interés, al finalizar el siglo formaban parte de la oferta de un mercado mundial, global y al mismo tiempo, muy segmentado. Los distintos proyectos orientaron y definieron profundas transformaciones ambientales, a través de procesos de integración territorial, social y económica crecientes. Pero como consecuencias indeseadas, trajeron aparejados problemas ambientales también crecientes, lo que indica la existencia de límites precisos a la intervención humana. Por eso, sólo a través de la comprensión de los aciertos y de los errores que se sucedieron a lo largo de la historia ambiental del siglo veinte podrán encontrarse las claves para proyectar correctamente el futuro de estas playas.